

Aurora Luque

Compañera de viaje

La poesía es una forma de compañía enigmática que ejerce el lenguaje. Una forma de estar en la vida con una compañía leal. Esto escribí en *Gavieras*: “Magia no vi otra igual, tan seductora, /como este caminar de las palabras, /portadoras de luz, amigas fieles, //pasajeras y libres./ Viajar así, con ellas.”

Sólo en mi madurez he acertado a dilucidar los aprendizajes de la infancia que me acercaron a la poesía. En el verano de 1969, en el que cumplí siete años, mis padres me regalaron la versión adaptada e ilustrada de *Mujercitas* de Louisa May Alcott, editada en Bruguera. Allí dentro encontré a una niña a la que admiraban, aunque no era ni una Nancy ni una Marisol. Se llamaba Jo, le gustaba estar con los árboles y hacer teatritos, decía que quería ser escritora. Yo no sabía exactamente lo que era ese *escribir*, pero quise ser como ella.

Un año o dos más tarde descubrí que las palabras servían para sentir, oler, escuchar y tocar cosas que no estaban realmente cerca de mí. Entraba en una página de *Platero y yo* y de pronto me encontraba en una callejuela cegadora de sol oliendo a pan caliente que crujía. Pasaba una página y se me contagiaba el miedo negro y electrizante de una tormenta nocturna. Y más adelante brillaban unas uvas tardías al sol o me sorprendía en los ojos y en los pies el frescor de una charca cristalina. Descubría sensaciones que no conocía porque no sabía hacer rozar a las palabras entre sí para nombrarlas: la tersura, la lozanía vegetal, la mirada placentera sobre el campo en soledad, la blandura tibia de la piel de un asno. Y un señor que se llamaba Juan Ramón, igual que un vecino, me permitía disfrutar en solitario de todo eso, porque me regalaba sus palabras. No sabía que estaba descubriendo que las palabras sirven para producir belleza y magia. Y formas de no estar —al menos temporalmente— en medio de lo feo, lo agrio, lo hostil, lo gris, lo insuficiente, lo agresivo de los días reales de la infancia. Pero era raro eso de disfrutar tanto de las palabras. Eso de releer y no cansarse. Eso de emocionarse así con lo que te decía un viejo raro de otro pueblo. No sabía decírselo a nadie.

Ahí empezó todo.

Luego llegaron otros poetas invitándome también a volar con ellos. Cernuda, Lorca, Machado, Salinas, Alberti, más y más Juan Ramón, y luego Hölderlin y Leopardi, Yourcenar, Woolf, Dickinson, Sophia de Mello, Cavafis, Pessoa. Los poetas son camaradas de Ícaro, de un Ícaro que asciende hacia el sol con alas frágiles de cera y que desatiende los consejos prudentes del padre, las

Aurora Luque

Compañera de viaje

voces que conminan a evitar los peligros que acarrea el vuelo libre. La poeta es una gaviera que atiende, ante todo, el horizonte desde un barco ebrio y errante.

Muy pronto comprendí que irremediamente la poesía se había convertido en eso: en mi horizonte, en una pasión irremplazable. Tenía que conocerla desde el principio, y al principio estaban los poetas griegos y latinos: por eso estudié filología clásica. La pasión por la Antigüedad ha funcionado como estímulo vital, intelectual y creativo a lo largo de mi vida. Los líricos —Safo sobre todo— me han regalado canciones que reciclan antiquísimos himnos y diálogos con la amiga luna, con los cuerpos amados, con las estrellas, con el miedo, con las desazones de la soledad y del exilio. Los poetas trágicos —mi amado Esquilo— me han llevado de la mano a los abismos inmensos de la mente.

Carpe diem, carpe noctem, carpe verbum: creo en la poesía como incubadora de utopías. Creo en el materialismo de Epicuro frente a las visiones trascendentalistas y dualistas que tanto daño nos han hecho. Creo en las lecciones de poesía aplicada a la vida de Catulo y Ovidio. Como he dicho en otro lugar, cuando acuña su memorable *carpe diem* Horacio nos está proponiendo una estética de dilatación del presente y nos alerta, de paso, contra aquello y aquellos que nos impiden gastar “el capital de gozo que hay en los bolsillos de cada instante vividero”.

La poesía me ha enseñado que el lenguaje no tiene por qué estar en venta. No se compra, no se vende, no se canjea, no acepta precios de mercado, no se envasa, ninguna empresa lo puede privatizar. La poesía me ha enseñado que la vida no se gasta como el dinero: la vida puede estar a la vez gastada y renovándose. Para entender estos misterios necesitamos a los poetas y a los amigos. La amistad y la poesía.

Y entre los amigos, también el mar. Tanto el mar como la poesía poseen rasgos similares que invitan a zambullirnos en ambos: misterio, desafío, fluidez, capacidad de nutrir generosamente, movimiento y cambio, riesgo, horizonte, posibilidad de muchas islas, voces de seres abisales, fondos desconocidos, efectos tonificantes, pura invitación al viaje. Y un lenguaje rítmico —de olas o de palabras— que apela a nuestra más íntima y primordial relación con el mundo.

La poesía Una viejísima antepasada que no se muere nunca. Mi compañera de viaje.

Ersi Sotiropoulos

La atracción de la otra parte

Por lo general, una identidad se construye por aproximación y asimilación o manteniendo la distancia y, en ocasiones, huyendo. Creo que la mía se construyó por medio de una serie de escapadas, imaginarias y reales. Recuerdo que cuando tenía tres o cuatro años y me portaba mal, me decían: “Compórtate o te entregaremos a los gitanos”, y entonces yo empezaba a fantasear con los gitanos, con que se presentarían en la puerta de nuestra casa para recogerme y me llevarían lejos en sus hermosas caravanas, y con la maravillosa vida que viviría con ellos en la carretera. Mis padres eran gente normal, padres normales; con esto quiero decir que en casa no había ningún drama.

La identidad estaba en otra parte. A medida que me fui haciendo mayor, la atracción de la otra parte se volvió irresistible. En tercero de primaria me hice una amiga nueva cuyo padre estaba en la cárcel. Una vez fui a verla a su casa: vivían en un sótano ruinoso, pues eran sumamente pobres, pero ¡qué sitio tan cálido y emocionante! Era ruidoso y animado, los vecinos entraban y salían sin parar, la gente intercambiaba tranquilamente palabras prohibidas, los sentimientos fluían sin inhibición alguna. Hasta su pan sabía mejor que el nuestro.

En otra parte estaba el mágico mundo de los sirvientes, esas chicas de campo que venían a trabajar en la ciudad: sus revistas baratas de telenovelas, sus historias atravesadas por espantosos secretos, su forma de hablar que siempre contenía disimuladas alusiones sexuales, su lánguida música que en casa estaba prohibida. En aquella época yo había empezado a escribir poesía, y descubrí que también la poesía estaba en otra parte. Una otra parte enorme, con posibilidades inmensas. Cuando tenía catorce años, alguien me dio unos poemas de e. e. cummings para que los leyera. No sé si sus poemas cambiaron mi vida, pero abrieron un mundo nuevo y maravilloso cuya existencia apenas había sospechado. Eran tiempos oscuros, los años de la dictadura militar. Resulta difícil imaginarse cómo era ser adolescente durante esos años: no sólo las prohibiciones ridículas, sino también la lamentable superestructura de los estereotipos helénicos y cristianos que pretendían constituir la ideología del régimen. En mi aburrida ciudad natal, los poemas de e. e. cummings representaban un gesto iconoclasta, podían servirme de apoyo contra los estereotipos, contra las reglas que nos enseñaban en el colegio, contra la burguesía; eran subversivos y estaban llenos de vida. Cummings nunca escribió ni una línea obediente. Socavaba las reglas de la gramática y la ortografía, concebía la página como un espacio abierto, daba voz al silencio. Le interesaba lo vivo, lo vibrante.

Ersi Sotiropoulos

La atracción de la otra parte

Cummings era irreverente y se convirtió de inmediato en un aliado. Poco después, otros aliados se unieron a él. T. S. Eliot, Cavafis, Ezra Pound, Jean-Paul Sartre, Samuel Beckett, James Joyce. Yo era una lectora bulímica. Con mi familia y en el colegio yo era una inadapta social, y, a partir de los quince años, una joven paciente psiquiátrica muy medicada. En mis lecturas era una ingenua. Los límites entre la vida y la literatura comenzaron a difuminarse. Si Charles Baudelaire se había teñido el pelo de verde, ¿por qué no podía yo hacer lo mismo? Y, sin embargo, pese a mi ingenuidad, yo era consciente de que estaba luchando contra un mundo ajado y gris, y de que la poesía era el escudo con que me protegía. Y lo cierto es que me protegió, porque sobreviví. La poesía era acción: nada que ver con lo cerebral o mental. Era una ventana abierta a la libertad, a lo paradójico, a lo heterodoxo, a lo no convencional. Era lo contrario de la estupidez, de lo que teníamos que aprender en el colegio del mundo gris. Y eso fue lo que construyó mi identidad.

Ahora tengo que dejar atrás esos románticos episodios de juventud y situarme unas cuantas décadas más tarde: ver lo que le ha ocurrido a esa identidad mía basada en la otra parte después de dos hijos, dos maridos, tres mascotas y quince libros. Es difícil saberlo. No voy a hablar de largos viajes y amores apasionados; son cosas demasiado evidentes y, en cierto modo, previsibles.

Pero cada nuevo libro, cada nuevo poema, cada nuevo cuento implica que sigue existiendo la idea de la otra parte. Cualquier nuevo párrafo alude a esa idea. Es así de sencillo. De lo contrario, no me sentiría impelida a escribir, me aburriría, por no decir que aburriría al lector. Y la poesía, la literatura, una buena lectura, siguen siendo escudos. En los años 80 estuve viviendo en Roma. Un día me encontraba en un taxi, yendo a una de tantas citas profesionales. En esa etapa estaba angustiada; sentía una clase de malestar que se vive como una sedimentación de la mente. Abrí el libro que acababa de llegarme, una colección de poemas de mi amigo Gozo Yoshimasu, un excelente poeta japonés. Recuerdo un verso que se repetía como un estribillo: “Por favor, pescadores, no lloréis”. Con manos temblorosas, comencé a leer los poemas de Gozo. Debido al hecho de que pudieran escribirse poemas tan bellos, al cabo de unos minutos ya había decidido dejar un trabajo prestigioso y bien remunerado y regresar a Grecia. La poesía seguía siendo acción.

Traducción de Mariano Peyrou